

English

(<http://yfa.awid.org/2014/12/age-activism-reflections-experience/>)

Français

(<http://yfa.awid.org/fr/2014/12/lage-et-lactivisme-quelques-reflexions-sur-mon-experience/>)

(<http://yfa.awid.org/es/>)



LA EDAD Y EL ACTIVISMO: Algunas reflexiones a partir de mi experiencia



(<http://yfa.awid.org/wp-content/uploads/2014/12/sri.jpg>) Texto

original : el 7 de octubre de 2010

Crecí en la sociedad y la cultura de la India, con unas jerarquías estructuradas en torno a la edad que están muy arraigadas, y donde la libertad de expresión y movimiento, el derecho a tomar decisiones y la posición de la mujer en la familia, dependen en gran medida de su edad. Las niñas ocupan el puesto más bajo en el tótem familiar y son las que se enfrentan a mayores limitaciones sociales. No debes hablar ni reírte demasiado fuerte; tu ropa, tu postura (sobre todo una vez que te hayan crecido los pechos), y tus movimientos corporales deben reflejar modestia y humildad. Al llegar a la adolescencia, debes estar preparada y dispuesta para servir a tus mayores de todas las formas posibles. Nunca, jamás, debes “contestarles” cuando te regañen o te ordenen hacer algo.

Nacida y criada en una familia que no era muy convencional, tuve más libertad que otras niñas, pero también recibí mi buena dosis de condicionamiento social. Mi abuela fue una feminista adelantada a su época y, como fue ella la que me crió durante mis primeros seis años de vida, alentó mi precocidad innata, mi don de la palabra y mi tendencia a decir lo que pensaba. Para cuando cumplí seis años también había logrado convencerme de que debía tener una profesión (ella quería que fuera abogada o médica, porque esas eran las profesiones consideradas buenas para las mujeres), ganar mi propio dinero y tener mi propia cuenta bancaria, para que mi marido nunca pudiera utilizar el dinero para controlarme. Mi padre y mi madre, especialmente él, alentaron mis capacidades intelectuales y me enseñaron a analizarlo TODO a fondo. Mi padre siempre decía que había que profundizar y buscar respuestas a la pregunta más importante: ¿POR QUÉ? De alguna manera, él me inculcó un firme y profundo sentido de la igualdad, y la importancia de ponerla en práctica en todos mis vínculos y todas mis acciones. Pero, pasé también la mayor parte de mi infancia en la residencia de mi familia extendida, con muchas primas y primos mayores, que yo que mantenían con firmeza el orden jerárquico en torno a la edad.

Llegué a la adolescencia valorándome a mí misma, confiando en mis opiniones y mis ideas, pero al mismo tiempo actuando con la deferencia que la sociedad esperaba de mí frente a mis mayores. Sin embargo, la conciencia que tenía acerca de mi edad — y de otras jerarquías conexas, como las estructuradas en torno a la educación, la riqueza, la casta, la religión, etc. — comenzó a cambiar cuando me hice activista, apenas pasados los veinte años. Como estudiante de Trabajo Social, que desarrollaba su actividad en las zonas más pobres de Bombay entre algunas de las personas más empobrecidas del mundo, me di cuenta de que las personas del barrio entendían los procesos de cambio social mucho mejor que mis docentes; que las trabajadoras sexuales adolescentes a las que yo “tenía” que “reformular” sabían mucho más que yo acerca de las realidades de la vida, y que algunas de las personas de más edad del barrio, tenían una sabiduría y unos conocimientos de la que los académicos con canas de mi Facultad de Trabajo Social carecían.

Pero, por encima de todo, fue mi primer empleo el que determinó mi actitud frente a la edad y el activismo. Mi jefe — el Dr. N. H. Antia o “NHA” como lo llamábamos con cariño —, era uno de los principales cirujanos plásticos de la India, que había decidido crear una organización de salud comunitaria, la Fundación de Investigación en Salud Comunitaria o FRCH en inglés (www.frchindia.org (<http://www.frchindia.org>)), cuya misión era impulsar un sistema de atención a la salud democrático y centrado en las personas en el país. Fue un visionario y era también bastante excéntrico, pero aquí me voy a centrar en cómo, sin darse cuenta, construyó una gran cantidad de líderes de la generación siguiente. La ironía es que creo que jamás tuvo conciencia

de estar haciéndolo, nunca se sentó y se dijo a sí mismo o le dijo a otras/os: “Debemos integrar a la gente joven en nuestras instituciones y movimientos, empoderarla para que crezca y pueda ejercer el liderazgo en el futuro”. Y, sin embargo, eso fue exactamente eso lo que hizo.

Cuando tuve mi primera entrevista con NHA, en 1975, para empezar a trabajar en el departamento de investigación sobre políticas de salud de FRCH, yo tenía solo veintitrés años (¡y un bebé de cinco meses!). El puesto que me describió abarcaba más o menos el mandato entero de la Organización Mundial de la Salud, porque NHA nunca pensaba en pequeño. Ni se le ocurrió cuestionarse si yo tendría la experiencia o la capacitación necesarias. Me dijo, “hazlo”, y yo lo hice. No sabía nada de salud pública, pero un año después había logrado construir una de las primeras bibliotecas sobre temas de salud pública que hubo en la India. También escribí un largo documento sobre la historia de las políticas de salud en el país desde la independencia, y luego me enteré de que nadie lo había hecho antes. No estoy contando esto para vanagloriarme de mis logros, sino para subrayar cómo la confianza que NHA depositó en mí — y en muchas otras personas jóvenes y sin experiencia en los años que seguirían — la libertad que nos dio para trabajar, cómo daba por sentada nuestra capacidad intelectual, fue algo sin precedentes. Ninguna otra persona nos hubiera asignado tamañas responsabilidades a tan temprana edad, ni hubiera confiado tanto en nuestra capacidad para asumirlas.

Muy pronto, debido a la calidad de este trabajo temprano, la FRCH obtuvo un gran reconocimiento a nivel nacional, y otras personas de veintitantos años se incorporaron al equipo. El Ministerio de Salud de la India y otras entidades de prestigio invitaron a la organización a realizar distintas investigaciones y a organizar eventos. NHA nunca dudó de encargarme la presentación de ponencias, la coordinación de reuniones, las investigaciones de apoyo, etc. etc. Nunca estuvo preocupado pensando que yo podía arruinarlo todo, decir algo incorrecto a una autoridad importante, u otras cosas por el estilo. Por supuesto que yo podría perfectamente haber hecho cualquiera de esas cosas y, en ese caso, él no hubiera dudado en gritarme delante de cualquiera que pasara por allí.

El mío no fue un caso aislado, en distintos lugares de la India podemos encontrar una gran cantidad de personas, que hoy están en su mediana edad, para quien NHA fue un mentor cuando eran jóvenes y en quienes él confió audazmente para que llevaran adelante la misión. Hoy, ellas y ellos dirigen los proyectos más importantes de salud pública, mortalidad materna, salud y derechos de las mujeres, etc; abrieron caminos, hicieron un trabajo pionero, crearon sus propias instituciones y movimientos, y han dejado una marca indeleble en el panorama de la salud en este país. Creo que la mayoría de las ‘discípulas y discípulos’ de NHA estarán de acuerdo conmigo en que esa experiencia temprana de nuestras vidas, nos cambió para siempre como activistas e investigadoras/es. Nuestra seguridad, nuestro desarrollo intelectual, nuestra capacidad de trabajar de forma independiente, de defender nuestras posturas en los

ambientes más sacrosantos y —sobre todo — de trabajar cumpliendo con los estándares intelectuales y éticos más elevados, tuvieron su origen en ese momento de nuestras vidas, cuando un hombre que no tenía ni tiempo ni imaginación para controlarnos, ni para decirnos cómo teníamos que trabajar; que no esperaba de nosotras/os otra cosa que no fuera lo mejor, nos contrató y nos ‘echó a andar’. ¿Cuántas feministas ‘de avanzada edad’ hay en el mundo que puedan vanagloriarse de haber logrado algo similar?

Cuando finalmente salí de FRCH para crear una organización que trabajara con las mujeres que vivían en asentamientos construidos sobre las aceras de Bombay, lo hice junto con un grupo de colegas (todas ellas mujeres) de entre 18 y 30 años, la edad que tenía yo. Pronto comenzamos a trabajar con la Federación Nacional de Personas que Viven en Barrios Pobres presidida por A. Jockin (que años más tarde ganaría el prestigioso Premio Magsaysay), que en ese entonces tenía por lo menos 40 años. Algunos años después, a los 37, desempeñé mi primer puesto de liderazgo como Directora de Programas Estatal en uno de los principales programas para el empoderamiento de las mujeres, apoyado por el gobierno nacional (Mahila Samakhya – <http://www.archive.india.gov.in/sectors/education/index.php?id=16> (<http://www.archive.india.gov.in/sectors/education/index.php?id=16>)). El enorme equipo de 150 activistas y personal de apoyo — casi todas mujeres — que contraté para implementar el programa y construir un gran movimiento con las mujeres Dalit e indígenas más empobrecidas de mi provincia natal, Karnataka, tenía entre 17 y 58 años. Durante el período de contrataciones, no recuerdo haber pensado en sus edades ni por un instante; más aún, me criticaron mucho por contratar a una coordinadora del programa a nivel provincial que en ese momento ¡tenía apenas 19 años! Lo siguiente que hice fue crear y dirigir la unidad de investigación y gestión en políticas para mujeres del Instituto Nacional de Estudios Avanzados en Bangalore. Nuevamente con un equipo que tenía entre 26 y 44 años, en un Instituto cuyo personal académico y de investigación iba de los 22 a los 72 años de edad.

En ninguno de esos lugares ni de esos cargos, la edad significó demasiado para mí, ni la mía ni la de otras personas. Mi interés siempre estuvo centrado en relacionar la pasión que cada una tenía por la causa, por nuestra misión; en confiar en las principales destrezas de cada persona, aquello que mi mentor N.H. Antia ponía en práctica con tanta naturalidad. Una y otra vez me quedó claro que la capacidad de las personas de producir, destacarse, innovar, ser extremadamente responsables, tener buenas ideas, ser brillantes o tácticamente ingeniosas, muy pocas veces tenía que ver con su edad. Es cierto que a veces la sabiduría, resultado de la experiencia, fue importante, pero cuando se trataba de pensar una estrategia para lidiar con un propietario de la casta alta, mis colegas adolescentes nacidas en pequeños pueblos rurales eran mucho más sabias y astutas que yo, por eso siempre las escuché.

En mi vida personal me ha sucedido lo mismo: mi nuera, con veinticinco años menos que yo, y también con mucha menos educación formal, tiene una inteligencia emocional mucho más desarrollada que la mía, es mejor madre y se relaciona mejor con las personas. Mi hija tiene capacidades de gestión que le permitirían dirigir una empresa grande y estándares de eficiencia y competencia de todo tipo que, como ella bien sabe, están muy por encima de mi capacidad. No quiero que nada de esto suene condescendiente, lo digo simplemente con admiración, y para recalcar que tener más años que ellas, no me hace más capaz, en aquellas áreas en las que ellas sobresalen.

Entonces, podrán entender por qué siempre me desconcierta un poco todo el bombo que se le está dando ahora mismo a las organizaciones y formas de trabajo “multigeneracional”, ¡eso es lo que siempre viví! La organización menos multigeneracional en la que trabajé fue la Fundación Ford, en Nueva York; y también, el ambiente universitario de Harvard, que aunque técnicamente era multigeneracional, en la práctica no lo era tanto, porque la jerarquía de edad era muy pronunciada. Fue en Harvard donde, de manera inesperada, me encontré manifestando mi condicionamiento cultural en torno a la edad y el estatus. Al llegar al aula para dictar mi primera clase en la Facultad Kennedy, me molestó e indignó ver a varios alumnos (todos hombres, de paso sea dicho) despatarrados en sus asientos, con los pies sobre las mesas. Les informé que en mi cultura mostrarle los pies al/a la docente era una enorme falta de respeto y que a mí eso me resultaba inaceptable. En su residencia de estudiantes o en sus hogares podían sentarse como quisieran, pero en mi clase no. No necesito aclararles que todo eso lo dije en un tono tan severo, que inmediatamente bajaron los pies y se sentaron bien rectos, y jamás volvieron a saludarme con las suelas de sus zapatillas. Dejo el veredicto en manos de ustedes: mi respuesta, ¿tuvo que ver con mi edad o con mi cultura? Todavía no lo tengo claro, pero les puedo contar lo que pensé: “¡Mocosos arrogantes y groseros! ¿Cómo se atreven?”

Cuando salí de la organización para el empoderamiento de las mujeres — que fue el último lugar en el que ocupé un cargo formal de liderazgo — y pasé a trabajar en Ford y en Harvard, tomé dos decisiones: ya no quería ser más la “mandamás principal” (ya había tenido suficiente de eso) y quería dedicarme a construir conocimientos sobre el cambio social basados en la práctica, especialmente en el campo del género y los derechos de las mujeres. También decidí, a causa de la ansiedad que observé en mis beneficiarias (cuando estaba en Ford) en torno al “cambio generacional en los liderazgos”, trabajar en puestos subordinados, en organizaciones que estuvieran lideradas por mujeres mucho más jóvenes que yo. Para ese entonces (ya estábamos en el año 2000) había tomado mucha más conciencia de que quería mostrarle a otras/os y también experimentar yo misma, que era posible trascender y superar las jerarquías estructuradas en torno a la edad. Y la mejor forma de ponerlo a prueba era que una feminista entrada en años, con opiniones formadas, con experiencia y a veces arrolladora como yo, pudiera trabajar bajo las órdenes de una supervisora o líder más joven que ella.

Así que ahora estoy en AWID, cuya Directora Ejecutiva, Lydia, y mi supervisora inmediata, Sarah, tienen la edad de mi hijo y de mi hija, y todo el personal de AWID es menor que yo. También trabajé mucho para CREA, cuya Directora tiene casi quince años menos que yo, y las personas a las que rindo cuentas, sobre los programas para los que trabajé, tienen entre veinte y treinta y nueve años.

Mucha gente me pregunta por esto. En las reuniones, veo a muchas feministas “mayores”, como yo, que me miran con curiosidad cuando desempeño un papel en el que deliberadamente respeto el liderazgo de Lydia y de Cindy, me guío por sus opiniones y presto mucha atención, para no salirme de los límites de mi cargo, ni del lugar que ocupó en los procesos. Puedo ver en sus ojos la curiosidad y las preguntas no dichas: “¿Cómo funciona?” “¿No le molesta tener que ceder ante estas mujeres que son mucho más jóvenes que ella?” “Es todo un truco — sabemos quién es la que realmente manda”.

Otras me han preguntado directamente por qué opté por este camino, cuando no me resultaría difícil ser la gran jefa de una organización importante. ¿Por qué no me postulé para Presidenta de la Fundación Ford? ¿Titular de ONU Mujeres? ¿O de Action Aid? ¿No me gustaría ser la Directora de AWID? ¿Es todo una mentira o de verdad estoy contenta? El cargo que desempeño, ¿no me limita para aportar todo lo que podría dadas mi capacidad y mi experiencia? Una respuesta que puedo darles es que las transiciones en mi vida personal y en mi vida profesional se han dado en forma paralela. Me convertí en abuela (¡cuatro veces!) y disfruté mucho de dejar atrás el rol de madre, para apoyar en la crianza desde un lugar secundario. Eso me ayudó a descubrir la importancia y el disfrute de ser abuela también en el movimiento: no ser la líder sino apoyar “desde atrás”, disfrutando del afecto y del respeto por mi experiencia y mis conocimientos, que eso genera.

Me gusta pensar que he hecho bien esta transición, que no les resulto insoportablemente arrogante por mi edad y mis conocimientos, pero eso dejo que lo decidan otras. Todo lo que puedo decirles es que cuando me encuentro o comienzo a trabajar con alguien a favor de nuestra causa, lo primero que pienso no es en cuántos años tiene. En general, no pienso demasiado en la edad de la gente, sino en quiénes son, qué les interesa, cómo me puedo relacionar con ellas/os, qué pueden enseñarme y qué puedo aportar yo a la relación, y cosas por el estilo. Si hay algo que me ha enseñado mi vida laboral, y que volveré a decir, a riesgo de sonar repetitiva: es que la edad no es directamente proporcional a la capacidad (y tampoco viceversa), al menos en el terreno del activismo social.

A veces es difícil lograr que la gente crea esta simple verdad: soy muy feliz estando exactamente donde estoy. Para mí, la multigeneracionalidad no es un lema, sino una realidad vivida.

Srilatha Batliwala es una activista e investigadora feminista, con cuatro décadas de experiencia en la promoción de la igualdad de género a través del activismo de base, la incidencia, la investigación, los vínculos entre teoría y práctica, la capacitación y siendo mentora de jóvenes activistas mujeres. Desde 1975 hasta mediados de los noventa, se dedicó a la construcción de movimientos de mujeres rurales y urbanas empobrecidas en India. Luego se concentró en la investigación, incidencia, la concesión de subvenciones y el trabajo académico, en distintas instituciones internacionales de primer nivel, como la Fundación Ford o la Universidad de Harvard y desde 2007, AWID. Srilatha cuenta con una extensa obra escrita publicada. Su trabajo más reciente es una recopilación de sus escritos de los últimos veinte años, “Engaging with Empowerment – An Intellectual and Experiential Journey”. “Comprometida con el Empoderamiento – Un viaje intelectual y experiencial”. Vive en Bangalore, India.

escrito por

Srilatha Batliwala

publicado por

Ghadeer Malek

en

December 15, 2014

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional (<http://creativecommons.org/licenses/bync/4.0/>).

Fuente: <http://yfa.awid.org/es/2014/12/la-edad-y-el-activismo-algunas-reflexiones-partir-de-mi-experiencia/>